

do á su tierna madre, que las inundó de besos y de caricias.

Elisa acababa de dar la prueba mas sublime del arrepentimiento de una falta cometida hacia cerca de diez y ocho años.

Habia renunciado una posicion brillante en la sociedad, no admitiendo la proposicion de Don Emilio, de unirse á ella.

Amaba á Clotilde con todas las veras del corazon de una tierna madre, y se impuso el doloroso tormento de no verla en la vida.

Elisa sintió agolparse á sus ojos las lágrimas con esta última consideracion, y volvió á abrazar á sus hijas para dulcificar la pena que desgarraba su corazon.

Aquel sacrificio era sublime.

Era la abnegacion llevada hasta el grado mas heróico, y de que solo es capaz la mujer.

## CAPITULO XXXV.

### Conclusion.

Ha pasado algun tiempo desde la entrevista de D. Emilio y Elisa, de que nos ocupamos en el capítulo anterior.

Las ratificaciones del tratado de paz entre México y los Estados-Unidos se habian canjeado en Querétaro, el 30 de Mayo de 1848, y en virtud de ellas, las tropas invasoras habian evacuado el país.

En los mismos instantes en que se tenia noticia de que se habia hecho á la vela, en Veracruz, el último barco norte-americano, salian del espacioso Sagrario de la capital de México, varias personas de ambos sexos,



vestidas con exquisito gusto y con gran lujo.

Doradas carrozas les esperaban fuera del espacioso atrio de la iglesia.

En el rostro de todos brillaban el contento y la satisfaccion.

Poco despues se colocaron en los vistosos carruajes y partieron para Tacubaya, donde tenian preparado un gran dia de campo en uno de los bellísimos jardines de aquel Aranjuez Mexicano.

¿Quiénes eran aquellas elegantes personas que revelaban ser las mas felices de la tierra?

Clotilde y Leopoldo, Inés y Ricardo, Adela y Nuñez, la hermosa Luz y Rafel que, despues de padecimientos inauditos, acababan de alcanzar el bien á que aspiraban.

Un ministro del Señor acababa de unirlos.

Y este ministro del Señor era el padre Enrique.

Don Juan, Félix y D. Manuel, les acompañaban, ademas de otros muchos amigos de distinguida educacion.

Elisa iba hermosa al lado de sus hijas, como una rosa en medio de dos lirios.

Tampoco faltó el indio Pablo, á quien obligaron á que aceptase el convite, puesto que tan buenos servicios habia prestado.

Pero quien parecia mas satisfecho y alegre que todos era D. Emilio, que veía á su hija libre del monstruo á quien la quiso unir, y enlazada á un jóven que gozaba en la sociedad de una reputacion envidiable, por su talento, finura y honradez.

Solo Elisa no podia disfrutar de aquel momento de satisfaccion.

Retirada en su humilde casa, bendecia á Dios por el bien que habia vertido sobre aquella hija querida, á quien habia prometido no volver á ver para expiar su falta.

Pero Clotilde no se habia olvidado de ella. Antes de ir á la iglesia, á unirse con el hombre que amaba, le envió un presente de mil pesos en oro, varias alhajas, algunos vestidos y bellísimos trages para Julia y Teresita, que crecian cada dia mas virtuosas y hechiceras. A este regalo, añadió, contando con la voluntad de Leopoldo, una



mesada de cien pesos con que pudiera vivir decentemente.

El cielo que parecía satisfecho de los sacrificios que voluntariamente se habia impuesto aquella mujer en desagravio de su falta, se presentó desde aquel momento favorable con ella.

Cierto es que habia renunciado al placer de ver á Clotilde, pero sabia que ésta era mas feliz cada dia con su querido Leopoldo, y esto la inundaba de placer y de satisfaccion.

Para colmo de ventura, cuatro años despues Teresita y Julia se unian á D. Félix y D. Juan, aquel rico comerciante, y este poderoso hacendado de Guadalajara.

Querida de ambos, como puede serlo una madre por sus cariñosos hijos, pasaba la mitad del año al lado de Teresita y el otro medio en compañía de Julia.

Elisa, pues, fué feliz, como merecia serlo por su talento y sus virtudes.

Amalia disfrutaba de igual ventura, siendo el objeto del cariño de Luz y Adela.

El padre Enrique, entregado á los actos

evangélicos, vivia retirado del mundo y vertiendo el consuelo en todas partes.

El indio Pablo, ocupado en sus faenas de campo, hacia frecuentes visitas á Don Juan.

¿Y doña Anita?

Solo ésta dejó de presenciar la ventura de aquellos séres.

El motivo fué su curiosidad.

Al penetrar los invasores en las calles de México, habia ido á visitar á una amiga suya para saber si, como decian, la visitaba un jóven, y una bala perdida, de las muchas que cruzaban, puso fin á su vida al poner los piés fuera de su casa.

Respecto al esposo de doña Crucecita, Rafael cumplió religiosamente con el encargo que ésta le hizo en la Angostura al espirar; y habiendo muerto á poco el desgraciado en la casa de dementes, dejó el dinero, que aun quedaba, en beneficio del establecimiento.

FIN DEL TOMO V Y DE LA OBRA.

1 copy ... 28. 1. 19-4  
27. 3 22-4



